

BREVE RESEÑA ARGUMENTAL DE *DESPERTAR DE PRIMAVERA* DE FRANK WEDEKIND

Gabriel Donzino

El dramaturgo y periodista alemán Frank Wedekind (1864-1918) escribió esta obra teatral en 1891. Los personajes de este drama son un grupo de adolescentes entre 14 y 15 años de edad, quienes van planteando a lo largo de tres actos los deseos, intereses y conflictos típicos de aquella etapa de la vida. La sexualidad, el amor y la muerte entrecruzarán sus vidas.

Primer acto:

En una habitación, Wendla discute con su madre sobre el largo del vestido que deberá estrenar para su cumpleaños número 14. La joven crece y desea mostrar sus curvas y sus piernas a la par que su madre quiere taparlas. El desarrollo de Wendla inquieta a su madre: *“Me gustaría tenerte siempre como ahora... hija... A tu edad otras mujeres son tiesas y pesadotas... pero tú eres todo lo contrario ¡Quién sabe cómo te habrás desarrollado cuando las otras lleguen a mujeres!”*.



En la calle, anocheciendo, un grupo de jóvenes se quejan de los temas escolares que deben estudiar; Melchor y Mauricio se apartan y se enfrascan en una larga conversación sobre la desnudez, el pudor, las sensaciones corporales, el descubrimiento de la excitación sexual, y el “misterio” de la procreación. Comparten sus experiencias y sus desconocimientos sobre el surgimiento de sus primeras excitaciones sexuales. Mauricio pide a Melchor que le entregue por escrito los conocimientos que aquel ha adquirido en libros y grabados sobre el tema en cuestión. Con estas palabras, Mauricio se lo pide a Melchor: *“¡No puedo! ¡No puedo hablar con tranquilidad de los misterios de la generación! Si quieres hacerme un favor, escribe tus explicaciones. Escribe lo que sepas, pero con claridad, concisión... y mañana en la clase de gimnasia metes tu escrito, sin que yo me entere, dentro de uno de mis libros... Me lo llevaré a casa sin saberlo, y alguna vez lo encontraré como por casualidad. Y no podré menos de pasar distraídamente la vista sobre el papel. Si es necesario añade algunas notas marginales”*.



Calle abajo, tomadas del brazo, Thea, Wendla y Marta se dirigen al río y gozan de las sensaciones del viento y el agua. Marta cuenta a sus amigas los castigos físicos que sus violentos padres le propinan e imagina que cuando

tenga hijos los educará libres. Sueñan con tener hijos “varones” y hasta se animan, Thea y Marta, a preferir haber nacido hombres, mientras que Wendla muestra su orgullo por ser muchacha y objeto del amor de un hombre. Melchor pasa y las saluda y la charla se interrumpe cambiando su tema a la belleza, atributos y comparaciones entre los muchachos del Liceo.



En el parque delantero del Liceo, Melchor, Otto, Jorge, Roberto, Hans, Rilow y Lammermeier -todos ellos compañeros de clase- se encuentran angustiados sobre la suerte de Mauricio quien ha ingresado furtivamente en la sala de profesores para verificar sus notas en los últimos exámenes. El alivio y la alegría por haber aprobado son desbordantes en Mauricio quien, de no haberlo logrado, se *“hubiera pegado un tiro”*.



En el bosque, una tarde de sol, Melchor encuentra a Wendla buscando aspéculas para un ponche. La invita a descansar bajo la sombra de una encina y dialogan sobre la caridad que Wendla realiza llevándole ropa, comida y dinero a la gente pobre. La conversación gira hacia los pensamientos que Wendla ha tenido mientras recogía las flores: *“Era una pobre, una mendiga... a quien ya desde la más tierna edad se enviaba a las calles a pedir limosna durante todo el día, hiciera tiempo bueno o malo, a hombres de corazón endurecido. Y de noche al volver a casa, temblando de hambre y frío, mi padre, si no traía la cantidad que esperaba, me pegaba... me pegaba...”*.

Wendla confiesa el secreto de los golpes que Marta recibe de su padre e invita a Melchor a que le pegue para saber qué se siente ya que a ella jamás le han pegado. Le suplica que le pegue.

El joven, al comienzo se resiste pero luego comienza a golpearla con una varita y, ante la provocación de Wendla, termina enfureciendo y mientras llora le da tan fuertes puñetazos que la hacen gritar terriblemente. *“Melchor, de pronto da un salto, se lleva las manos a la cabeza y lanzando profundos gemidos desaparece en la espesura”*.

Segundo acto:

Mauricio y Melchor se reúnen de noche en el cuarto de este último. Mauricio se siente relajado luego de la odisea de haber entrado a la sala de profesores a leer las notas de los exámenes. Aprobarlos lo alivia de haber tenido que *“pegarse un tiro”*. Sus padres lo sacrifican todo por él y si fracasara su *“padre tendría un ataque”* y su madre *“iría al manicomio”*.

La luz de la luna en el jardín hace evocar a Mauricio un cuento que le contaba su abuela, el de “La reina sin cabeza”: una reina hermosísima había nacido sin cabeza. Con gestos y golpecitos daba órdenes y se hacía entender. Un día fue vencida por un rey que tenía dos cabezas, las que peleaban todo el tiempo entre sí. El mago del reino tomó una de las cabezas del rey y se la implantó a la reina. Desde entonces ambas cabezas dejaron de pelearse, se amaron y vivieron felices para siempre.

La señora Gabor, madre de Melchor, trae el té y recomienda a Mauricio, a quien ve desmejorado, que no le dedique tanto tiempo al estudio y que salga más de paseo por ser ello más útil para su edad.

Melchor informa a su madre que su compañero de escuela Hans Rilow avisó al rector que Max von Trenk, otro compañero, estuvo enfermo de fiebre nerviosa y que acababa de morir en su presencia. Dejando a Hans “de una pieza”, el rector Sonnenstich respondió: “¡Ah! Tienes pendientes desde la semana pasada dos horas de castigo. Aquí está el volante para el bedel. ¡Anda, liquida eso!... Toda la clase asistirá al entierro”.

La madre de Melchor observa con inquietud que su hijo está leyendo *El Fausto*, le advierte que en su “lugar hubiera esperado aún uno o dos años antes de leerlo” y que haga “solo aquello de lo que pueda responder ante sí mismo”. Los jóvenes comprenden que es una alusión a la historia entre Fausto y Margarita. Esto da pie a Mauricio de enlazar al diálogo su intensa conmoción al leer las instrucciones que su amigo escribiera sobre las muchachas y el placer que estas son capaces de sentir.



La madre de Wendla, la señora Bergmann, le comunica con mucho entusiasmo que la cigüeña ha traído al tercer hijo de su hija mayor. Wendla pregunta con insistencia y curiosidad sobre la aparición de la cigüeña, si entró volando por la ventana o por la chimenea. Ante las evasivas respuestas de su madre insiste en que le preguntará a su hermana, o mejor al deshollinador quien seguro estará mejor enterado de por dónde entró volando. Finalmente, acorrala a su madre y la insta a que por favor le cuente “cómo ocurre, cómo sucede eso”, o si es que acaso pretende que a los 14 años crea aún en la cigüeña. La señora Bergmann invoca la protección de Dios, su ayuda y su perdón, promete decírselo y se lo explica de este modo: “Para tener un niño... se debe... al hombre con quien se está casada... querer... querer digo... como solo se puede querer a un hombre... quererlo de todo corazón... como no puede decirse... Como a tu edad no se puede querer... ¡Ahora ya lo sabes!”.



Hans entra sigiloso a su habitación y corre el cerrojo de la puerta. Guarda en una caja de madera una reproducción de la “Venus” de Palma el Viejo. Besándole sus “henchidos pechos” y sus “cruelas rodillas apretadas”, le dirige una ardiente declaración de pasión, al igual que a las siete imágenes de heroínas, guardadas previamente en su “cámara de los placeres”.



Wendla encuentra a Melchor en un granero donde descansa tendido de espaldas sobre el heno fresco. Le pide que salgan de allí y vayan al prado que se avecina una tormenta. En cambio, Melchor se abalanza sobre ella y comienza a besarla...



La señora Gabor escribe una comprensiva carta en la que se excusa de no poder ceder al pedido del amigo de su hijo. Mauricio le ha solicitado ayuda económica para comprar un pasaje a América. No puede enfrentarse a sus padres ante su fracaso en las calificaciones del último trimestre y de no recibir esa ayuda para huir, se suicidaría. *“Creo que es impropio juzgar a la capacidad de un muchacho en base a sus calificaciones académicas. Tenemos muchos ejemplos de malos estudiantes que han sido hombres excelsos y, al revés, de estudiantes brillantes que nunca descollaron en su vida posterior [...] Será para mí siempre una gran satisfacción que mi hijo tenga por amigo a un muchacho, que, júzguenlo como le juzguen, ha sabido ganar todas mis simpatías. La frente alta... señor Stiefel! ¡Crisis como esta y otras necesitan ser superadas! Si todos al primer contratiempo quisieran recurrir al puñal o al veneno, el mundo no tardaría en quedar desierto”...*



Mauricio se debate ante la idea de quitarse la vida. Lo avergüenza irse de este mundo sin conocer el amor carnal. Antes de morir debería hacer creer que ya no es virgen. Piensa en su amigo Melchor quien, imagina llorando, pondrá sobre su ataúd una corona. Lloro, teme, duda. Para darse ánimo, cuando llegue la hora, pensará en la crema, ya que la crema no es motivo suficiente para quedarse en la vida. Recuerda a “La reina sin cabeza” en cuyos suaves brazos, encontrará la compasión...

Aparece Ilse. Ella ha abandonado la escuela y pasado cuatro días sin volver a su casa. Ha estado con “la Priapía”, esto es: todos los varones conocidos y pernoctado en casa de otros tantos. Promiscua y desvergonzada, relata a Mauricio sus desventuras sexuales. Ilse se le ofrece a Mauricio y éste la evita, de lo que luego se arrepiente. El ímpetu de esta ocasión perdida le hace titubear su decisión. Finalmente, quema la carta de la Sra. Gabor y se dirige al río...

Tercer Acto:

En la sala de profesores, luego del suicidio de Mauricio, el señor Sonnenstich (rector del Instituto) y los profesores Affenschmalz, Knüppeldick, Hungergurt, Zungenschlag y Fliegentod, deliberan acerca de la expulsión de un “discípulo, reo culpable”, a quien consideran un ejemplo desmoralizante. El padre de Mauricio, buscando evidencias que le den pistas para comprender la muerte de su hijo, ha encontrado entre sus cosas el informe, con dibujos e ilustraciones, que Melchor le entregara bajo el título de “El coito”. Sometido al tribunal y acusado de “pornógrafo e inductor al suicidio”, Melchor intenta explicar que no hay en ese escrito ningún pasaje indecente, ni ataque a la moral, El tribunal no le permite al joven más que responder por sí o no. Melchor es expulsado de la escuela.



En el cementerio, sepultan los restos de Mauricio. Su padre vocifera entre sollozos: “¡El chico no era mío, el chico no era mío! ¡Nunca me gustó, ni de pequeño!”. En la patética escena, los asistentes van dando el pésame al señor Stiefel: sentencian a Mauricio de villano por hacerle esto a su padre...; el Rector le recuerda que, de todos modos, no hubieran podido aprobarle sus exámenes...; el tío Probst acota: “¡Ahora tienes el deber de pensar en tí! ¡Eres padre de familia!”...

Sus compañeros de colegio se acercan a la tumba y discuten sobre la muerte de Mauricio: se ha pegado un tiro en la cabeza y se ha ahorcado. Por estos motivos presumen que le falta la cabeza...

Ilse y Marta arrojan flores frescas sobre el ataúd y la primera le confiesa a su amiga que ella ha guardado la pistola con la que se disparó Mauricio. Marta le ruega que se la regale; pregunta a Marta si es verdad que le han enterrado sin cabeza. Ilse responde: “Los juncos estaban salpicados de sangre. Pedazos de sus sesos colgaban de los sauces”...



El señor y la señora Gabor discuten sobre la expulsión de Melchor del Instituto. El padre quiere que vaya a un “correccional”. La madre se desespera ya que considera que eso es enviar a su hijo a la muerte. Intenta defenderlo. El señor Gabor la acusa de haber sido siempre muy indulgente con Melchor; considera que su hijo es un vicioso, que “está podrido en lo más recóndito de su ser”, que su “interior está corrompido” por lo que ha escrito. Muestra entonces a su esposa una carta escrita por Melchor en la que confiesa a Wendla que su accionar con ella no lo deja tranquilo, que ha pecado y se hará responsable por las consecuencias... Luego de escuchar esto, Fanny

Gabor ya no puede defenderlo más y pide que lo lleven al correccional, donde *“encontrará aquello de que en su casa fue injustamente privado: férrea disciplina, principios y una convicción moral a la que ha de someterse absolutamente”...*



En el correccional, Melchor piensa en Wendla y trama su fuga por la ventana. El doctor Prokustes indica que quiere rejas de acero remachadas para que los “degenerados” no puedan huir... *“El invierno pasado subió uno al techo y tuvimos las molestias consiguientes de recogerle, transportarle y enterrarle”...*



En su alcoba, Wendla es auscultada por el doctor Brausenpulver. Le receta unas píldoras muy eficaces para la opresión en el corazón, los mareos y los vómitos. Wendla supone que tiene hidropesía y teme morir; su madre intenta calmarla diciéndole que tiene anemia. La joven insiste de tal modo que finalmente su madre la contradice y le confirma que está embarazada. *“¡Pero cómo es posible, madre! -pregunta Wendla- ¡Si no estoy casada!”*. *“¡El que no estés casada... eso es lo terrible...!”*, responde su madre. Seguidamente, la señora Bergmann hace entrar a la comadrona Schmit...



Luego de la vendimia, revolcándose sobre la hierba, Hans Rilow y Ernesto Rôbel comen uvas hasta no dar más. Hablan acerca de cómo se imaginan en el futuro. Hans anima a su amigo diciéndole que dentro de 30 años, cuando recuerden esa tarde, se reirán de ello. Entonces, Hans besa a Ernesto en los labios y este le confiesa que lo quiere *“como nunca un alma ha querido”...*



Melchor se ha escapado del correccional y trepa la tapia del cementerio. Se topa con la tumba de Wendla. Se acusa de ser el causante de su muerte. De pronto, aparece Mauricio saltando entre las tumbas con la cabeza debajo del brazo. Lo insta a Melchor a que le dé la mano y lo acompañe e intenta persuadirlo de los beneficios de los muertos, quienes todo lo ven y de todo se ríen, eso los hace superiores. Aparece un caballero enmascarado que reta a Mauricio por mentirle a su amigo y pavonearse con aires de superioridad y lo obliga a retirarse. Melchor necesita saber quién es ese hombre desconocido y le pregunta si acaso es su padre, a lo que el Enmascarado le responde si no sería capaz de reconocer a su padre por la voz. Desorientado, Melchor supone que, a consecuencia de la falta que cometió, ese hombre solo puede ser el diablo. El Caballero esclarece a Melchor sobre la muerte de Wendla y le cuenta que ella no murió por su culpa sino a consecuencia de los abortivos



que le suministró la madre. El Enmascarado propone amparar a Melchor, *“guiarlo entre los hombres, ampliar sus horizontes de un mundo fabuloso, hacerle conocer sin excepción todo lo interesante que el mundo encierra”...*

Los tres hombres sostienen un intenso debate sobre la moral, ante lo que el Enmascarado responde que él entiende por tal al *“producto real de dos cantidades imaginarias. Las cantidades son “deber” y “querer”. El producto se llama moral y no puede ser negado en su realidad”.*

Mauricio recomienda, entonces, a Melchor que se vaya con el distinguido desconocido, que deje que lo ampare y lo aproveche, y se despide de él. Se agradecen mutuamente la amistad.

Melchor se aleja, del brazo del caballero enmascarado.

Mauricio se queda solo, con su cabeza bajo el brazo, dispuesto a regresar a su tumba...